

Síntesis Sociales

elaboradas por el *cial*

DE LA MAGIA A LA FE

(EL DESARROLLO RELIGIOSO DESDE EL PUNTO DE VISTA PSICOLOGICO)

El Padre Nouwen es un miembro del cuerpo de psicólogos del Instituto Pastoral de Amsterdam, Holanda, un departamento del Seminario Nacional Holandés. En la Universidad de Notre Dame —Indiana, Estados Unidos— ha enseñado Psicología de la Religión y Psicología Pastoral. Sacerdote de la arquidiócesis de Utrecht, hizo sus estudios doctorales en la Universidad de Nijmegen; además, cursó estudios de ampliación en la Fundación Menninger, en Topeka, Kansas, Estados Unidos.

INTRODUCCION

¿Magia o Fe?

Durante el año hemos sabido de sucesos aparentemente triviales e insignificantes, de los cuales no hay nada que decir, a menos que pongamos sobre ellos especial atención:

Un paracaidista, el capitán Ridgway, remó desde Cabo Cod a Irlanda con un amigo suyo. Sobrecogido por la grandeza del océano y las increíbles fuerzas de la naturaleza, encontró que la medalla que le habían entregado sus amigos de Cabo Cod lo confortaba y le daba palabras para rezar.

Un sacerdote dijo a otro, sonriendo, cuando salían ambos de una capilla universitaria llena de gente, al finalizar el semestre: "Las épocas de exámenes son la mejor prueba de que el hombre es básicamente religioso."

El pequeño Juanito dijo: "Oye, papi, tú no puedes hacer vivir al Presidente Kennedy. Pero Dios sí puede... ¿no? Porque El lo puede todo." Y nosotros pensamos: "¿No es listo este Juanito?"

Leemos que un astronauta, símbolo vivo de la ciencia moderna, metió de contrabando en órbita un crucifijo, y no sabemos qué pensar para explicarnos eso.

O de repente nos encontramos con un estudiante, descendiente de una familia profundamente religiosa, en la que Dios era la fuente de toda fuerza y toda felicidad, y lo vemos plantearse cosas tan profundas y fundamentales que todo lo ocurrido anteriormente le parece a él completamente irrelevante.

Luego, lee usted acerca de un grupo de hombres jóvenes que dejaron buenos trabajos, hogares confortables y hasta, en algunos casos, sus propias familias, para ir a los lugares más desesperados del mundo a vivir con gentes que ni siquiera conocen.

O usted regresa, intrigado y confundido, de un monasterio trapense, donde hombres jóvenes, que volaron en misiones peligrosas en la guerra de Corea y fueron condecorados por su país, se sepultaron a sí mismos en el silencio, el aislamiento y la contemplación.

¿Qué es todo esto? ¿Magia o fe? ¿Superstición o contacto con la Última realidad? ¿Algo para eludir o para enfrentar? Para aclarar todo esto vamos a contemplar la vida de un hombre, desde el momento en que está acurrucado dentro del cálido vientre materno, hasta este otro momento en que pasea, encogido de hombros, con los pulgares metidos en el cinturón, mirando curiosamente a las cosas que lo rodean y a lo que puede estar detrás de ellas. Llamaremos a este viaje: "**De la Magia a la Fe**". Todos hemos hecho este viaje, y vale la pena contemplarlo ahora, desde la distancia.

En cada fase de la vida destacaremos un aspecto particular de nuestro desarrollo que sea, a la vez, un elemento constituyente de un maduro sentimiento religioso.

A. - Los primeros cinco años de nuestra vida

Durante los primeros cinco años tenemos que dar tres grandes pasos para salirnos del mundo mágico en que nacimos.

1º—Durante los primeros dieciocho meses arribamos a la conclusión, un tanto descorazonadora, de que no somos el centro del mundo.

No somos el centro del mundo.

Casi todos ustedes comprenden que, fuera de nosotros, hay gentes y cosas que continuarán existiendo, aunque nosotros dejemos de existir. Sin embargo, esto no es tan evidente por sí mismo como parece. No nos capacitamos para descubrir el mundo objetivo, sino a través de una larga y a menudo descorazonante experiencia. Como huésped del vientre materno, el pequeño bebé tiene como suyo todo lo que hay allí; mamá es también una parte de nosotros mismos. Más tarde será una dolorosa experiencia descubrir que nuestro llanto no crea la leche, que nuestra sonrisa no produce a mamá, que nuestras necesidades no traen consigo, por sí mismas, su propia satisfacción. Gradualmente descubrimos a mamá como "otra", es decir, como no parte de nosotros mismos. Cada vez que experimentamos que nosotros no regimos el mundo de nuestros sentimientos, de nuestros pensamientos y de nuestras acciones, vamos cayendo en la cuenta de que hay **otras** personas, **otras** cosas y **otros** sucesos que tienen su propia autonomía.

Se descubre la realidad objetiva, más difícil en el campo religioso.

Por consiguiente, el primer paso que nos aleja del mundo mágico es el descubrimiento de la realidad objetiva. Puede ser que no alcancemos por completo esta objetividad en toda nuestra vida! Por ejemplo, aunque lentamente vayamos alzando el telón y seamos capaces de pararnos sobre nuestros pies y apuntamos a las cosas en derredor nuestro como realidades objetivas al alcance de nuestra curiosidad mental; esto, en el campo de lo religioso, pudiera no ocurrir tan fácilmente. Mucha gente que en la vida ha llegado a madurar y a tener éxito, sigue tratando a Dios como si fuera una parte de su propia persona. Dios es el gran ejecutor que se pone al alcance de nosotros mismos cuando lo necesitamos, en la enfermedad, en las grandes dificultades, en los exámenes finales, en cada situación en la cual nos-

otros nos sentimos inseguros. Y si esto no opera, nuestra única reacción es llorar más alto. En vez de convertirse en el Gran Otro, cuya existencia no depende en absoluto de mí mismo, Dios se pudiera convertir para mí en la estructura fácil, la que mejor ajusta alrededor de los bordes de mi seguridad personal.

Religiosidad inmadura que gira en torno a la seguridad personal.

Algunas veces, la gran ansiedad causada por tempestades internas o externas puede hacernos regresar a este nivel de nuestra religión. Esta regresión hasta puede llegar a salvarnos la vida, como en el caso del capitán Ridgway. Nos da algo de qué asirnos, una medalla o una vela encendida que permanece junto a nosotros. Esta podrá ser una forma eficaz de religiosidad; pero evidentemente no es una religiosidad madura.

Se forma el lenguaje.

2º.— **El segundo paso**, para salir de nuestro mundo mágico, es la formación del lenguaje. En algún momento entre nuestros dieciocho meses y nuestro tercer cumpleaños, empezamos a balbucear nuestros primeros sonidos articulados, los cuales lentamente van convirtiéndose en palabras, frases y, por fin, en un lenguaje. Aunque sea una desilusión descubrir que hay cosas fuera de nosotros que no nos pertenecen, por medio de las palabras podemos tomar nuestra revancha; porque nuestras primeras palabras nos dan un poder misterioso sobre las cosas.

Se experimenta el dominio sobre las palabras y sobre los objetos.

Como un americano que, al hacer uso de su primera palabra en francés, "garçon", descubre que ella **realmente** le trae al mozo del restorán junto a su mesa, así el niño experimenta no tanto el dominio sobre las palabras como el dominio sobre los objetos y no es sino tiempo después cuando él puede desconectar la palabra del objeto y dar a aquélla la función simbólica que le corresponde.

Las palabras dan poder sobre los impulsos instintivos.

La palabra mágica nos da poder no sólo sobre los objetos, sino también sobre nuestros propios impulsos instintivos. Antes de que llegásemos a tener palabras, no habiéramos podido resistir a la tentación de arrancar las flores en el jardín de papá. Pero, por el hecho de poder llamarlas "flores" ya no necesitamos realizar el acto de tomarlas y tocarlas; y con nuestras manos cógidas a la espalda somos capaces de decir: "Flores lindas, no se tocan."

La religión está llena de palabras y su uso a menudo no trasciende su fase mágica.

Pues bien, la religión está llena de palabras. Largas letanías, exclamaciones y fórmulas constantemente repetidas, juegan un papel importante en muchas religiones. Lo que aquí nos interesa es que este uso de palabras a menudo no trasciende su fase mágica. En vez de ser la expresión libre y creativa de una realidad comunicable a otros hombres, las palabras se convierten en sustitutos de la realidad; o sea, una forma escondida de poder sobre los caprichosos movimientos de nuestros dioses, nuestros diablos y nuestros propios impulsos.

Se cree que las oraciones dan un cierto poder sobre Dios.

¿No hay algo de este mundo mágico en nosotros cuando pensamos que nuestra salvación depende de la costumbre de rezar tres avemarías antes de ir a la cama, o de decir nuestras oraciones de cada día? Parece difícil superar esta magia de la palabra. Nos sentimos felices cuando hemos cumplido nuestras obligaciones, murmurando nuestras oraciones de la mesa, cruzado a través de las cuentas del rosario o recitado en voz baja nuestro breviario. Nos parece decir: "Ahora Dios ya no puede nada contra nosotros." "Hicimos lo que él nos exige que hagamos y ahora le toca a El recompensarnos." Creemos que nuestras oraciones nos dan un cierto poder sobre Dios, en vez de enlazarnos con él en un diálogo real.

Formación de la conciencia: las palabras no son herramientas omnipotentes para manipular el mundo exterior.

3º.— **El tercer paso** en el proceso de abandonar el mundo de la magia es la formación de nuestra conciencia. Este es el gran acontecimiento entre los tres y los cinco años. Cuando hemos aprendido que los objetos existen fuera de nosotros y que ellos continúan existiendo independientemente de nosotros, y cuando hemos experimentado que las palabras no son herramientas omnipotentes para manipular el mundo que nos rodea, nos vemos sin embargo afrontados a un nuevo obstáculo: el paso de "mi papá" a "mí mismo". "Ya no voy a pegar más a mi hermanita, no porque a mi papá no le gusta, sino porque no me gusta a mí mismo, porque entiendo que eso es malo." Es que el agente externo de la disciplina (papá, mamá, el padre, etc.) **lenta-mente se ha convertido en el agente interno de nuestra conciencia.**

Proceso de autoidentificación.

La conciencia se hace posible por el proceso interno de autoidentificación. Desarrollamos la capacidad de interiorizar ciertos aspectos de la personalidad de otra persona para hacerlos parte de nosotros mismos. En el caso del desarrollo moral, tomamos juicios, costumbres y valores de nuestras personas amadas y los incorporamos a nuestra propia personalidad. ¿O es que

sucede algo más al mismo tiempo? Durante aquellos primeros cuatro años de nuestra vida sentimos que papá era capaz de hacerlo todo, era un ser omnipotente, que podía resolver todos los problemas y levantar todos los pesos. En nuestra fantasía, papá era el mayor atleta del mundo; él construía casas, escribía libros, fabricaba bicicletas y, con sólo querer, podía conseguirlo todo para nosotros.

Y..., después, en algún momento, nos llegó el desaliento. Papá vino a ser, a fin de cuentas, un tipo. Y ya no podíamos depender de él en lo sucesivo.

¿Cómo íbamos a resolver ese problema?

No siempre la interiorización es solución total: Dios pudiera ser la proyección de un deseo de protección.

Bien, la interiorización pudiera no ser la solución total. La necesidad de tener un padre omnipotente, que nos dé amor, abrigo y protección, en cuyos brazos podamos escondernos y sentirnos seguros, pudiera ser sencillamente demasiado intensa. No pudimos prescindir del padre mágico; lo necesitábamos demasiado y, en consecuencia, se quedó con nosotros bajo **otro nombre: Dios.** Y así pensamos que si papá no podía hacer que el Presidente Kennedy viviera otra vez, por lo menos Dios sí podía.

Cuando Freud escribió su "Futuro de una ilusión", irritó y perturbó profundamente al creyente cuando dijo que **la religión es la continuación de la vida infantil y que Dios es la proyección de un deseo inextinguible de protección.**

La intención de Freud era curar a la gente, esto es, hacerlos más maduros. Y observando que muchos en su oficina, en Viena, más sufrían que eran salvados por su religión, trató de desenmascarar sus proyecciones. El psiquiatra Rumke resume la posición de Freud cuando escribe: "Cuando el hombre madura completamente, se da cuenta de que su imagen de Dios —a menudo una imagen paternalista de Dios— es una reencarnación de aquel padre, amado y temido, del mundo infantil. Aparentemente, Dios no es más que una proyección. Si se logra deshacer aquello que bloquea el desarrollo del hombre, entonces tal imagen desaparece. El hombre distingue el bien y el mal de acuerdo con sus propias costumbres. El ha terminado por conquistar el último remanente de su neurosis y su religión no era más que eso." (Rumke, "Psicología del Escepticismo", Sheed and Ward, New York, 1962.)

A veces nos quedamos en el mundo mágico infantil, donde Dios no es sino un protector.

Lo importante en este contexto es que Freud no estaba equivocado del todo. Frecuentemente nos quedamos en este mundo mágico infantil, en el que Dios no es más que algo confortable que nos envuelve y protege como la felpa acariciante de una cobija. Para algunos la religión no es mucho más que eso mismo que Freud estimaba, y para nosotros mismos, tantas de nuestras experiencias religiosas están envueltas en imágenes de la niñez, que a menudo, es difícil decir dónde termina nuestro infantilismo y dónde empieza nuestra religión.

Parece apropiado aquí hacer una pregunta crítica: ¿es la idea de Dios una prolongación infantil de la imagen ideal de nuestro padre? ¿O es la receptividad a nuestra idea infantil-paterna el resultado de nuestra más primaria y profunda relación con Dios? La crítica de Freud, por el psiquiatra alemán Binswanger, afirma lo opuesto: Dios no es la prolongación de las relaciones de un niño con su padre, sino que los sentimientos de un niño por su padre son una concreción de una idea nacida de la más fundamental relación del hombre con Su Creador. En otras palabras, nosotros no podríamos amar a nuestro padre si Dios no nos hubiera amado a nosotros primero. Pero aquí ya nosotros, en este punto, hemos dejado el campo de la psicología.

Hay que liberarse del mundo mágico que nos conserva en la inmadurez.

En un cierto sentido, nosotros tenemos que coincidir con Freud: en tanto en cuanto nuestro Dios es una pura subrogación por nuestra conciencia; en tanto en cuanto nuestro Dios es una prevención por el desarrollo de nuestra racionalidad, de nuestra madurez y de nuestra autonomía individual, es una señal de buena salud arrojarlo de nosotros como una enfermedad llamada neurosis. Y es triste hacer notar cuán pocos somos los que tenemos el coraje de hacerlo.

El desarrollo de nuestra salud significa un movimiento gradual hacia la liberación de nuestro mundo mágico. Aun cuando el desarrollo tenga lugar en otras áreas, nuestra religión fácilmente tiende a conservar su nivel de inmadurez. En ese caso, Dios sigue siendo el pacificador mágico cuya existencia depende de nosotros. Las oraciones siguen siendo como instrumentos para manejarlo en nuestro favor y la religión no es más que un lecho mu-

llido y confortable, sobre el cual nos tendemos para librarnos de los sinsabores de la vida. Nuestro sentimiento religioso nunca será maduro:

- a) si Dios no es "el Otro";
- b) si la oración no es un diálogo; y
- c) si la religión no es, en nosotros, una fuente de autonomía creadora.

B.- La edad escolar: de cinco a doce años

La escuela: un mundo nuevo para las primeras experiencias y reacciones.

Desde los cinco años empezamos a ir a la escuela. En la pequeña unidad de nuestra familia, las pautas de conducta más esenciales quedaron bien establecidas. Las primeras experiencias de confianza, felicidad, temor, amistad, alegría o desaliento, y nuestras primeras reacciones frente a estas experiencias tuvieron lugar en nuestro hogar paterno. Pero, después, entramos a un nuevo mundo. En la escuela encontramos otros niños y niñas que también tenían sus padres y sus hogares, y entonces tuvimos que verificar si aquello que aprendimos en casa realmente funcionaba. En muchos sentidos, nuestros años escolares fueron años en los cuales nuestros esquemas se modificaron, se fortificaron, se ensancharon o se perturbaron, y, por consiguiente, cambiaron; años en los cuales experimentamos éxitos o fracasos en una sociedad mayor que aquella en la que nos desenvolvimos por los primeros años de nuestra vida.

La religión se queda aislada como una realidad sin relaciones.

La religión es, en nuestra sociedad, un asunto estrictamente privado, y así, tan pronto como nos asomamos al nuevo panorama, a la historia de la humanidad, tan pronto como aprendimos a hacer las cosas por nosotros mismos y a ser dueños de nuestro propio mundo, se hizo más y más probable que nuestra religión quedara aislada como una realidad aislada, buena para los domingos y los momentos de piedad de cada día; pero no verdaderamente relacionada con las cosas que escuchamos acerca de este y de otros mundos. Allport dice que la madurez viene solamente cuando la inteligencia en desarrollo es impulsada por el ansia, no de represión, sino de ensanchamiento, para interiorizar las más relevantes experiencias. "En lo que se refiere al sentimiento religioso, esta demanda interior no existe para muchos. Encontrando que la religión de su niñez posee valores suficientes y careciendo de presiones exteriores, ellos se adhieren para siempre a formas esencialmente juveniles." (Gordon Allport: "El individuo y su religión", Mac Millan, New York, 1950.)

La religión madura es integral.

Una religión madura es de naturaleza integral, y esto significa que es suficientemente flexible para integrar todo nuevo conocimiento dentro de su marco de referencia y correr parejas con todo nuevo descubrimiento de la inteligencia humana. De verdad, lleva la cruz dentro de la cápsula espacial.

Ir a la escuela significa empezar el camino del saber, y si la religión no sigue ese mismo camino, con ojo crítico y abierto, el adulto que cruzó el océano a bordo de un superjet pudiera estar, religiosamente hablando, contento con andar en triciclo. Lo esencial para nuestra madurez religiosa es la voluntad constante de cambiar la marcha, de integrarse a nuevas concepciones y de revisar nuestras actitudes.

C.- Adolescencia: doce a dieciocho años

Cambio súbito o gradual, que produce conflictos internos.

Con la adolescencia entramos a una fase nueva y más crítica de nuestro desarrollo. Algunos de nosotros podemos haber experimentado un súbito y dramático cambio; otros se adaptaron gradualmente a las nuevas realidades, casi sin notarlo.

Súbitamente o gradualmente, nos enfrentamos al hecho de que no solamente es complicada la vida fuera de nosotros, sino que también lo es —y acaso más— dentro de nosotros mismos. Hasta este momento nos interesaban todas las cosas que nos rodeaban, nos excitaba todo lo nuevo que veíamos y oíamos; pero luego empezamos a sentir profundos, extraños y perturbadores sentimientos interiores. Nuevas y a menudo oscuras urgencias parecían empujarnos sin nosotros comprenderlas. Nos vimos envueltos en sentimientos de gozo y felicidad sin que supiéramos lo que ellos significaban. O fuimos víctimas más de un deseo de morir, de matar, de dañar

o destruir. Sentimos que éramos a veces derribados por ideas y sentimientos de lo más conflictivos, amor y odio, deseos de abrazar y de matar, deseos de dar y de poseer.

¿Pueden los conflictos internos convertirse en fuente de madurez para los sentimientos religiosos?

Tal vez, hemos tocado aquí una de las más importantes encrucijadas de nuestro desarrollo religioso. La cuestión es: ¿podemos aceptar y entender nuestros conflictos interiores en forma tal que, por medio de aclaración y comprensión, puedan ellos convertirse en fuente de madurez para nuestros sentimientos religiosos?

La religión se ha identificado a menudo con la negación.

A menudo fallamos. A menudo la religión se ha identificado con limpieza, pureza y vida perfecta —y cada sentimiento que parezca arrojar negras manchas en nuestra blancura parecía ser antirreligioso. En ese caso no nos podíamos permitir a nosotros mismos tener fuertes urgencias sexuales, o crueles fantasías, o deseos agresivos. La religión dice: "NO", no fornicar, no robar, no matar, no masturbarse, no murmurar, no, no, no... Luego, los maestros que nos pedían ser buenos, obedientes y amables empezaron a irritarnos. Nadie realmente parece entender este extraño nuevo mundo de sentimientos internos que nos hace sentirnos solemnemente únicos, pero al mismo tiempo terriblemente solos.

Apesadumbrados por sentimientos de vergüenza y de culpa, no se siente comprensión o se rebela contra la religión.

Muchos de nosotros recordamos cuán profundamente deseábamos comprensión, cuán difícil nos resultaba expresarnos y cuán pocos eran los que estaban junto a nosotros. Un sentimiento de vergüenza y de culpa, a menudo nos hacía sentirnos horriblemente solitarios, y nos juzgábamos hipócritas a quienes nadie amaría si realmente llegasen a conocer nuestros sentimientos. Muchas cosas se hacen posibles en este período. Pudiéramos sentir que la religión es tan opresiva, tan depresiva, tan lejana de todo lo que experimentamos, tan autoritaria y tan negativista, que la única manera de resolver el conflicto era rompiendo con ella definitivamente. A algunos los enfermaba el sacerdote gritón desde el púlpito; otros nunca sintieron ninguna comprensión de sus sentimientos perturbadores o no pudieron resistir más la consecuyente hipocresía de muchos creyentes, y muchos se perdieron —unos, lentamente, y otros, en abierta rebelión,

Otros niegan y reprimen los deseos oscuros.

Pero hay otra reacción, tal vez más dañina. Consiste en una tendencia a renegar y reprimir el otro lado, los deseos oscuros, las sombras importunas. Entonces decimos: "Después de todo, somos puros, limpios, sin pecado, y queremos conservar nuestra conducta sin mancha." Queremos permanecer en completo control de nosotros mismos, no tener nunca un mal pensamiento, nunca fornicar, nunca emborracharnos, nunca fallar; sino permanecer siempre perfectos, santamente y, en cierto modo, tan contentos de nosotros mismos que no dejamos a Dios nada que salvar. Caminamos a través de la vida como si nos hubiéramos tragado un cirio pascual, rígidos y tensos, siempre temerosos de que las cosas se nos vayan de las manos.

Pero la madurez exige la tolerancia de nuestras sombras inoportunas.

Esta reacción es tan dañina como la rebelión abierta, o acaso aún más, porque bloquea nuestra vía hacia la maduración religiosa. Pero hay un camino hacia la madurez en el cual podemos decir: "Cierto, tengo débiles manchas, pero ellas no me hacen débil. Tengo feos pensamientos, pero ellos no me hacen feo." Esto es, en fin, el convencimiento de que tenemos que tolerar la maleza para alcanzar el buen trigo. Si nos empeñamos en erradicar toda la cizaña, podemos también arrancar el precioso trigo. El hombre que nunca se descontrola ni se enfurece, tampoco podrá estar apasionadamente en favor de nada. Un hombre que nunca pierde su calma, tal vez no consiga nunca nada por lo cual valga la pena perder la calma. El que nunca cae tampoco podrá sentirse nunca satisfecho de no haber caído. El que no se arriesga tal vez nunca fracasará, pero tampoco nunca tendrá éxito.

La autorrealización requiere la integración de las sombras.

Difícil es para todos nosotros creer en las palabras de Cristo: "He venido por el pecador, y no por el que no necesita de redención..." Tal vez ningún psicólogo ha insistido tanto en la necesidad de la autoaceptación como vía de autorrealización, como Carl Jung. Para Jung, la autorrealización significa la integración de la sombra. Es la creciente habilidad de hacer que la gorra oscura dentro de nuestra mente se haga consciente y así prevenir una concepción parcial de la vida en la que solamente lo externo de nosotros se considera como parte verdadera de nuestra personalidad. Para alcanzar la unidad total, integrada y plena, es preciso concientizar e integrar cada parte nosotros mismos. Cristo representa la luz en nosotros. Pero Cristo fue crucificado entre dos ladrones, y no podemos negar este hecho, como tampoco podemos negar a los ladrones que viven dentro de nosotros.

Esta es una función de toda la vida, pero durante nuestra adolescencia tenemos la mejor oportunidad de probar nuestro sentimiento religioso en este

sentido. El conflicto es obvio; la solución no es ni revolución ni represión, sino integración.

D.- Los jóvenes adultos

Al llegar a la Universidad se vive entre dos hogares.

Mientras tanto, llegamos a la Universidad. ¿Qué sucede en la Universidad? Suele ser el período entre los dos hogares: dejamos ya el hogar paterno y todavía no hemos asumido la responsabilidad del hogar propio. Estamos a una distancia segura de todo lo que mamá y papá siempre tenían que decir; pero también nos mantenemos a segura distancia de todos aquellos que quieran arrancarnos de esta preciosa vacación de la vida hogareña. No tenemos que preocuparnos de conciliar nuestros propias ideas y sentimientos con las de nuestros padres; mientras, por otra parte, todavía no somos responsables ante ninguna persona en particular. Pensamos que el momento de que nos eduquen ya pasó; pero todavía no estamos listos para empezar a educar a otros. En resumen, vivimos entre los dos hogares; y, en cierto modo, ésta es la etapa de mayor libertad en nuestras vidas.

Se desarrolla una mentalidad científica.

En la Universidad también desarrollamos una nueva mentalidad. Adquirimos un criterio científico; el término clave es **hipótesis**; el dictamen, **probabilidad**; y el arma, **experimentación**. No queremos aceptar o rechazar algo si no es sobre la base de la experiencia y solamente con un sentido muy relativo estaríamos dispuestos a hablar de la certeza. Para nuestro desarrollo religioso, los años universitarios pueden llegar a ser la época ideal para hacer que nuestros valores e ideas religiosas pasen a ser "de primera mano". Podemos desarrollar suficiente autoaceptación y distancia creativa, como para hacer alguna experimentación responsable.

Puede desarrollarse un nuevo sentimiento de madurez religiosa.

Durante los años universitarios, un aspecto importante y nuevo de sentimiento de madurez religiosa puede desarrollarse: "Puedo asegurarme sin tener que cocinarme." (Allport) Cuando entramos en la Universidad traíamos con nosotros muchos conceptos de religión y muchas ideas aparentemente obvias y que nunca pusimos en duda. La cuestión ahora es si tenemos o no el coraje de poner el signo de interrogación a muchas cosas; si podemos permitirnos el lujo de dudar, sin ceder en ningún terreno. Sólo se arriesga el que se siente seguro; sólo el que tenga confianza en los valores de la vida será libre para preguntarse muchas cosas sin sentirse amenazado. Para una religión, la confianza crea la posibilidad de investigar, lo cual hace posible un compromiso sin certeza. Por la confianza básica en el sentido de la vida, seremos capaces de vivir con una hipótesis, sin sentir la necesidad de una certeza absoluta.

Se cuestionan con riesgo los conceptos y valores religiosos.

El hombre que nunca tuvo ninguna duda religiosa durante sus años universitarios, probablemente caminó por ellos con los ojos vendados. El que nunca experimentó con sus ideas y valores tradicionales, con toda probabilidad fue mucho más un hombre pusilánime que un hombre libre. El que nunca puso en duda los consejos de mamá y papá, probablemente no desarrolló nunca una mentalidad crítica. Y aquel que nunca se enfureció con las muchas ambigüedades, ambivalencias e hipocresías en su medio ambiente religioso, probablemente tampoco se sintió satisfecho con él. Pero el que sí lo hizo tomó el riesgo. El riesgo de desconcertar no sólo a sus padres, sino también a sus amigos; el riesgo de sentirse alienado de su pasado y de irritarse por todo lo religioso, hasta de la palabra Dios. El riesgo hasta de sentir la misma calcinante soledad de Jesucristo cuando exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

En la Universidad podemos con frecuencia descubrir, con dolor y frustración, que un hombre religiosamente maduro está muy cerca de un agnóstico, y a menudo se nos hace difícil decidir qué nombre expresaría mejor su estado mental: si el de agnóstico o el de creyente investigador. Tal vez ambos conceptos estén más cercanos entre sí de lo que nosotros nos atrevemos a pensar.

E.- El adulto

El adulto maduro se caracteriza por la unidad de su filosofía de vida.

Un aspecto de la adultez que tiene especial significación para nuestra actitud religiosa es que la mente madura de un adulto se caracteriza por la unidad de su filosofía de la vida. Si, desde arriba, pudiéramos contemplar nuestro vivir cotidiano, nos asombraríamos y nos preguntaríamos por qué nos preocupamos tanto, de qué nos afanamos tanto y para qué nos compro-

metemos tanto en tantas cosas. Podríamos preguntar con Alfie: 'Y, después de todo, ¿qué importa todo eso?'

Y si no encontráramos respuesta a esta nuestra pregunta, la reacción más honesta pudiera ser una: el hastío. Mucha gente que ya no le encuentra sentido a su vida, a sus diarias y a menudo abiertamente insípidas actividades, se sienten hartos. El hastío es el aburrimiento de la vida que se siente directo en el estómago. Es la tibieza del diario vivir que se traduce en la conocida frase: "¡No me importa!"

El hastío es el aislamiento de las experiencias de la vida.

Ahora bien, si nos preguntamos a nosotros mismos qué significa el hastío, pudiéramos decir: "Es el aislamiento de la experiencia." Eso es como decir que tenemos una experiencia en la vida que no está en modo alguno conectada con el pasado ni con el futuro. Cada día parece ser simplemente un día más, indiferente, descolorido y frío como cualquier otro. Esta es la mentalidad en la cual necesitamos pequeños puntapiés, pequeños cataclismos cortos, breves y artificialmente inducidos que temporalmente nos saquen de nuestro hastío, sin realmente dar ningún sentido a nuestro pasado o a nuestro futuro. El hastío es la vida desconectada, llena con miles de diferentes palabras, ideas, pensamientos y actos, que parecen ir a la deriva como pedacitos de basura sobre el agua quieta. El hastío, que tan fácilmente conduce a la depresión, a menudo puede convertirse en un sentimiento penetrante, en una crispante tentación, bien difícil de sacudir. Y ciertamente, si ya hemos terminado los estudios, si ya tenemos familia y trabajo, este sentimiento de profundo hastío puede envolvernos con la pregunta: "Y ahora ¿qué? Ahora lo tenemos todo; pero pronto, en un par de años, estaremos muertos, idos y olvidados y acaso recordados tan sólo por nuestras rarezas y ocurrencias."

El sentimiento religioso inmaduro tiene un poder unificador de las realidades aisladas de la vida.

Esta es la oportunidad para que un maduro sentimiento religioso llene una función creadora. Porque tiene un poder unificador; porque reúne las muchas realidades aisladas de la vida y las convierte en una totalidad llena de sentido. Las mil piezas inconexas caen juntas y nos muestran un patrón nunca visto. Los atletas en el desfile llevan camisas de diferentes colores en forma aparentemente desordenada; pero, si los vemos desde lejos, desde una cierta perspectiva, podremos apreciar que ellos forman una palabra claramente inteligible.

La religión inmadura y la fe dan una nueva dimensión a la vida.

Desde una perspectiva semejante, las muchas facetas de la vida pueden probar que combinan entre sí y que apuntan en una dirección definida. A eso nos referimos cuando hablamos de que una religión madura le da sentido a la vida, da dirección, revela una meta y crea una función para ser cumplida. Puede hacernos dejar profesión, patria y familia para dedicar nuestra vida a los pobres o a los que sufren. Puede hacer que nos sepultemos en silencio, aislamiento y contemplación en un monasterio trapense.

La fe es esta nueva perspectiva. No crea nada nuevo, pero da una nueva dimensión a las realidades fundamentales de la vida. Convierte nuestra personalidad fragmentada en una totalidad llena de sentido. Es la fuente de inspiración para un espíritu investigador, la base para una comunidad creadora y el incentivo para una vida perennemente renovada.

Conclusión

Así llegamos al final de nuestro viaje desde la Magia a la Fe. Partimos del vientre materno unidos con el mundo en que vivíamos. Lentamente nos fuimos desarrollando, desde una unidad mágica hasta una existencia autónoma, en la cual descubrimos que no estábamos solos; sino puestos en diálogo constante con todo cuanto nos rodea; y terminamos reuniendo toda la diversidad de la vida en una nueva unidad —no la de la Magia, sino la de la Fe.

